

XLII Manteneduría de los Juegos
Florales en honor de la Santa Cruz.

Guillermo Mira Abaurrea

Capilla del Dulce Nombre de Jesús.
19 de mayo de 2011.

Sr. Hno . Mayor y Junta de Gobierno de la Muy Antigua, Siempre Ilustre, Venerable, Pontificia, Real, Fervorosa, Humilde y Seráfica Hermandad y Archicofradía de Nazarenos de la Stma. Vera- Cruz, Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y Tristezas de María Santísima.

Rvdo. Sr. Cura Párroco de la de San Vicente de la diócesis de Sevilla

Ilma. Sra. Delegada de Fiestas Mayores del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla.

Ilmo. Sr. Presidente y demás miembros de la Junta Superior del Consejo General de HH. Y CC. de la ciudad de Sevilla.

Hermanos Mayores, Pregoneros, Mantenedores, Cofrades y amigos todos:

Con vuestra venia, Cristo de la Vera Cruz, y con el ruego de que abras Señor mis labios, para que mi boca pronunciar tu alabanza.

Por qué hablar en lugar sacro, siempre ha de motivar tu alabanza Señor,

Una alabanza que hoy surgen de la connivencia de un mismo amor confluyente a Sevilla y sus cofradías, esa que ha permitido la ocurrencia de que se presente ante vosotros un nazareno de ruan negro, de la Sevilla romana y alta de la Costanilla de San Isidoro, ante esta Venerable Hermandad para ser mantenedor de los Juegos Florales convocados para ensalzar la Cruz de Cristo, la Vera-Cruz de Cristo.

Y por qué las disculpas más veraces nacen del sentimiento de esta amistad que me profesan mis queridos amigos de la Vera-Cruz, encabezados por su Ilustre Hermano mayor, Y también porque la razón tiene razones que la razón no entiende han posibilitado que hoy, comparezca ante vosotros quien no tiene otro título que ser nazareno de San Isidoro y que aceptó esta designación por la única causa de que de pequeño aprendió de los suyos y es que los nazarenos de Jesús de las Tres Caídas tienen el sano orgullo de no volver la vista atrás ni para tomar impulso.

¿Y quién es este nazareno de ruan negro para que un pregonero y cofrade como tú, Enrique Henares, que por parte de madre llevas con indeclinable

orgullo el más flamenco y más torero de los apellidos, Ortega de sal de la Alameda y espuma de la Caleta, se digne realizar su presentación? Querido Enrique, me has hecho sentirme como los pies de Pedro ante las manos del Señor en aquel Sagrado Lavatorio, pero como Simón sólo lo acepto, por qué siempre quiero tener parte contigo y seguir siendo tu amigo.

Al intentar horadar el primer cimiento de la edificación de esta exposición, mi primera impresión yuxtapuesta al primer balbuceo, al eco de la llamada del nombramiento que se me hacía fue la de expresar esa mueca de escepticismo que hace arquear las cejas entre un suspiro interrogante. ¿Qué cosa es esa de ser MANTENEDOR DE JUEGOS FLORALES? Y comencé a destripar de algún modo, la simbología de esos tres términos - Mantenedor de los Juegos Florales. Y, aunque sabedor del origen y etimología romanos, por asociación de ideas, de inmediato se me representó de que debería ser algo así, en lenguaje mucho más contemporáneo, como COMISARIO DE UN TORNEO DE POETAS. Pero había algo más en todo y siguiendo el confuso devaneo de los sesos, fui desentrañando la madeja de la esencia del nombramiento. Hay algo en todo esto –me decía- que viene a ser como el herrero que cuida la fragua del fuego poético o de guardián de un bosque de flores elegidas. Y así, perdido en este laberinto, recordé más tarde, a un poeta excelso, que desde su campiña palaciega llevaba a Sevilla en los labios, que cada año vestía su sevillanía fina y fría unamunianas de túnica blanca y negra de nazareno de la Soleá, y que ostentó el más insólito de los desempeños de la Administración Pública.

Un puesto como de lord inglés sevillano con paga de funcionario. Vaya - me dije- esto debe ser como ser Conservador del Alcázar cristiano de los Poetas de Sevilla y con ello me han dado las llaves de un paraíso de inútil redundancia, pues esto de ser Mantenedor de los Juegos florales es como cantar lo cantado, pensar lo pensado, soñar lo soñado, vivir lo vivido, blanquear la cal de un muro o celar una bóveda celestial, por qué son Sueño, pensamiento, canto, vida, muro y cielo; los pilares que ,enredándose como columnas salomónicas, sustentan las musas de la inspiración y los ecos de la lírica

Pero es que además, todo ello ocurre en Sevilla y si se habla en Sevilla, de Sevilla se ha de hablar, por qué Ella es mujer celosa que en el florido Mayo no admite distracciones sobre su caprichoso ensimismamiento. Pero hay muchas Sevilla de las que hablar dentro de Sevilla y principalmente por qué no puede ser de otra manera, es la Sevilla cofrade, la que en esta Capilla del Dulce Nombre de Jesús hoy se concita y a Ella es de obligación dirigirse y hablar su lengua.

Pero me van permitir, los Sevillanos cofrades aquí presentes, que meciendo la cuna de vuestra generosidad, profesemos un acto de cortesía con otra Sevilla. Porque hoy, por que celebramos la Fiesta de los Juegos Florales, se perciben en esta pequeña atmósfera encerrada en estas santas paredes, ciertos duendes inquietos que como fantasmas incorpóreos se han colado por la reja de su coro. Se barrunta en este ambiente casi nebuloso, como flotan los “ invisibles átomos del aire” de Bécquer, atraídos por la caricia de la música que la orquesta ha interpretado.

Hoy aquí nos habita, oíd como lo sentimos en el palpito de nuestras venas, el espíritu de la Sevilla del arpa y de la lira, de la rima, el ritmo, y la estrofa, del verso a verso del arte del amor susurrado. Aquí está presente entre nosotros la Sevilla que arde en las llamas bohemias de la fragua ardiente, que besa al aire en el compás de un tablao y la que se hace canto de ángeles en el claustro de cipreses de un convento de rostros virginales

La Sevilla que vio romperse el negro velo deshecho en agua, y a su luz primera restituirse alegre el claro día.

La de Fabio y las esperanzas cortesanas que son prisiones donde la avaricia muere, la ciudad donde más triunfos, más coronas dio al prudente que supo retirarse, la fortuna, que al que esperó obstinada y locamente

La Sevilla anegada por los campos de soledad y mustios collados de la Itálica famosa.

La del arpa misteriosa y olvidada de su dueño en el Jardín del ángulo oscuro, mientras que es un sueño, un imposible, vano fantasma de niebla y luz; que es incorpórea, que es intangible: la que no puede amarte.

La Sevilla de un patio y un huerto claro donde madura el limonero, y que aunque lleve en sus venas sangre jacobina, hace brotar su verso de manantial sereno.

La que te hace salir de cada madrugada medio loco y medio muerto, mientras la Virgen dio el Cielo abierto, a su ciudad más amada.

La que tan lejos de nuestra vida, cerrada para siempre la cancela que a nadie espera ya, hace a la memoria escoger el camino más corto para herirnos.

La Sevilla de la cristalina soledad fraguada en ópalos sagrados,

Y la Sevilla de la raza mora, vieja amiga del Sol, que todo lo ganaron y todo lo perdieron. Y que tiene el alma de nardo del árabe español.

Y también la Sevilla popular que arriba desde la campiña en voces hermanas para que en su noche perfumada y bella, por mandato de Dios, baje una estrella, bese a la Giralda y vuelva al cielo.

Por todo ello, yo quiero abrir aquí hoy el mejor tarro de las esencias del más caro perfume, para rendir el homenaje a la inabarcable Sevilla de los poetas, la que en número y clase, toda urbe envidia.

Toda esta Sevilla que por la magia de los invisibles átomos del aire está aquí palpable, vencedora del aire de esta tarde y ante la que mi palabra se hace flor natural de admiración rendida

Poetas de Sevilla, que cantaron los vestigios de unas ruinas y el romanticismo de una leyenda, testigos con sus rapsodias de un esplendor preterido.

Poetas que cantaron aquella Roma triunfante en ánimo y nobleza; glosaron, el delirio de la conquista de un Nuevo mundo, o la hazaña de una epopeya transoceánica que rindió viaje en Sanlúcar.

La Sanlúcar, que hace sal de nuestro río grande y desde la que hoy nos llega un poeta consagrado que ha hecho laurel de un "Kirye Eleison" en honor de la Cruz,

Poetas trovadores, que gozaron del amor que llega y lloraron al amor que pasa

Y que también supieron cantaron, presos de su convencida lealtad, la gloria a Dios en las Alturas. Y exaltaron, pese a los erráticos frailes de Regina, la Concepción sin Mancha de María Inmaculada.

Poetas de todos los tiempos, que nos traéis ahora el recuerdo de esa canción de juventud que hoy se viene a mis labios y que desde su propia interrogante se pregunta ¿Que cantan los poetas andaluces de ahora?

Si la poesía es tan eterna como inagotable el venero de su inspiración, los poetas andaluces de ahora en este Parnaso contemporáneo, cantarán como los de siempre, pues una sola, eterna e inmutable es la poesía que alumbra a la soledad de nuestros campos, a la luz de nuestros cielos, al murmullo de nuestros ríos, al remanso de nuestras aguas, al rumor de nuestras calles, a la paz de nuestros patios. Y como no también, al gozo de nuestras almas en cada nueva primavera, a los ojos y labios de una adolescente o a la sonrisa de una madre.

¡Ah! También cantan los poetas en una Hermandad de Sevilla a un motivo de infinita dimensión pese a la sencillez de su porte. Lo vienen haciendo hace cerca de medio siglo con la brillantez de una antología magistral. Lo hacen - ¿Verdad Enrique Barrero, Daniel Pineda Novo, Jacobo Meléndez, Antonio Pretel de Pablos o José Félix Navarro?-, con las doce estrofas endecasílabas de un tríptico de sonetos: a la Cruz, a la Santa Cruz, a la Vera-Cruz de Cristo para gloria y memoria del acontecimiento más singular que vivieron los tiempos.

Siguen cantando los poetas de ahora con sus rimas sentidas al Misterio de Dios muerto que acontecido hace veintiún siglos, sobre el monte en el que la cruz se hace bandera y ondea como insignia verdadera, pregonando la paz a todo el mundo.

Sigan por siempre cantando los poetas y que sus cantos sean salmodia perfecta, de mayúsculos sonetos al Santo madero, trono de la redención del pueblo de Dios, caudal inagotable del testamento de Cristo.

Que canten los poetas y que su canto sea salmo adorable al Santo Árbol donde estuvo clavada la salvación del mundo,

Y que su canto sea también llanto con el que enjugar el desagravio de aquel deicidio imperdonable.

Y que lo sigan haciendo hasta el final de los tiempos con las cuerdas de su arpa inagotable.

Y yo pido para a esta Sevilla de este cosmos mago y místico, desde mi condición de Mantenedor, un inmenso Parque de María Luisa, lleno de setos de mirtos, y cerchas de arrayanes y acantos, unos Jardines del Alcázar adornados de enredaderas bermejas, unas Marismas oliendo a tomillo y a la flor de romero. Y que sea toda Sevilla, como un inmenso Amazonas, repleto de infinitas Flores naturales para obsequiar a todos los poetas que en cuarenta y dos años de Juegos Florales han cantado a la Santa Cruz como solo se canta en la tierra de María.

Y junto a ellos, de este Parque, con podadera de plata, cortar un rojo clavel, tan encendido de pasión que queme la piel, para ofrecerlo a Rafael de León,

Y una azucena del Jarrón de la Giralda, que lleva en su paso la Soledad de San Lorenzo, para que Joaquín Romero Murube descubra los cielos que ganamos

Y del compás de San Vicente arrancar una flor de moda, la jacaranda, para entregársela al modernismo de Rafael Laffón,

Y que la Virgen de los Reyes me preste una vara de nardo para ponerla junta a la palma en el cáliz de Juan Sierra,

Y a Rafael Montesinos una flor del naranjo de su paseada Avenida para que la memoria no vuelva a herirle,

Y una rosa roja a Adriano del Valle

Y azahares de limoneros lunares del jardín de las Dueñas para que los Machado lleven prendida y constante, la nostalgia de Sevilla,

Y violetas y amapolas para que Gustavo Adolfo las regale a las mujeres que amó y no le amaron

Y un jazmín de solapa para la enigmática ausencia presente de Luis Cernuda, y un Jacinto azul noche del baratillo para Florencio Quintero,

Y una flor de jara de las Marismas, injertada en un palo de garrocha de majagua para que Fernando Villalón siga soñando con toros de ojos azules

Y dos claveles señoritos de Utrera, rociados con agua bendita del Guadalquivir, para que los hermanos Álvarez Quintero perfumen de gracia sus cantares

Y que Joselito, el príncipe de los toreros de aquella corrida celeste, le entregue a Manuel Benítez Carrasco, aquel clavel blanco, que le arrojó desde su palco, la Macarena.

---ooOoo--

Sabéis que muchas veces los árboles no nos dejan ver el Bosque. Acercarnos al Misterio de la Cruz exigiría de nosotros un ejercicio de abstracción de nuestra formación y del acervo cultural almacenado en nuestra memoria, para poder entender su mensaje.

Sabemos que no es hasta el siglo V, cuando por primera vez se representa la Santa Cruz. Y ello es entendible. Nadie querría presentar a su Deidad, ahorcado en un patíbulo, al pie de una guillotina, amarrado ante el garrote vil o sentado en una silla eléctrica, cuando en la Grecia y Roma de su época los Dioses eran bellos como Apolo y Marte, hijos del Sol y los Océanos.

La Pasión y Muerte de Cruz superó todos esos tormentos. Así lo dijo San Pablo que, a los judíos que pedían señales demostrativas de su Dios y a los griegos que demandaban ideas luminosas, les mostraba un Dios maltratado, condenado y ejecutado en el patíbulo de la Cruz. La aceptación de esta Cruz fue pues cuestión de valientes, asunto de aventureros, para los que con ellos compartimos que el magisterio de Jesús, su bendito coraje, es la aceptación de la voluntad divina, la enseñanza más grande y útil que el hombre puede asumir

¿Y entiende esta Cruz, Sevilla? Uno diría que sí, que a Sevilla le enseñaron su cruz hace siglos y que nos vino, ahí está su fecunda historia para demostrarlo de la mano de sus hijos mejor paridos, aquellos sobre los que el Padre derramó el cáliz más abundante de su gracia. Aquellos que colmados de virtud, han sido cadena de transmisión de nuestra fe y que a través de esa gracia recibida plantaron en la ciudad el Árbol fecundo de la Cruz, que el tiempo ramificó por el dédalo de sus calles y sus gentes

Y La primera Cruz de Sevilla, como si fuera un trasunto del Génesis, estuvo modelada en barro y nos llegó –como no Triana siempre Triana, puerta de Sevilla-, desde el barrio de los alfares. Palma sobre palma, Justa y Rufina, las hermanas alfareras, sufrieron los tormentos de aquella Roma terrible ofreciendo la propiciación de sus propias vidas.

Y junto a ellas, como lo vemos cada mañana de Corpus cuando se nos asoma por una avenida de juncias, con ese su semblante, mitad regio mitad venerable, el invicto Rey San Fernando, proclamando que, para su conquistada Sevilla y en nombre de Santa María de los Reyes, recuperó la Cruz sepultada por siglos de dominación almohade.

Y la enseñó con su martirio aquel otro santo rey sevillano, hoy habitante del desván del olvido, visigodo de la Puerta de Córdoba con nombre de nazareno de Pasión, que sufrió el martirio en defensa de su fe. Hermenegildo que vivió la Cruz en las circunstancias en la vida en que la fidelidad a la religión exige saltar por encima de la carne y de la sangre familiar, y posponer a ella el bienestar y la propia vida. En su ejemplar sacrificio, en la aceptación de su Cruz, nada menos que el premio de la conversión de su patria.

Y llevaron a cuestras su Cruz en medio de los contratiempos de una Sevilla hostil por arriana, aquellos Santos Obispos, Leandro e Isidoro para dejar por siempre en Sevilla enhiestos los mástiles de la fe y de la sabiduría.

Santos sevillanos, triunfadores de la Cruz, heraldos del reino de Cristo.

¿Entendió la Cruz aquel Miguel que en la calle Temprado instaló el universo de la Caridad, entendida según Sevilla? Hay quien sabe llevar la

Cruz nuestra de cada día, los excepcionales, los santos, son los que además llevan las cruces de los demás. ¿Lo hizo así Mañara?

Asomaos una de estas mañanas de mayo al Hospital de la Santa Caridad y allí entre patios grandes de azulejos añiles y fuentes de blanca piedra, se abre una Iglesia que es paradigma del barroco y la mayor representación iconográfica de la Caridad que pueda concebirse. Al pie de esa Iglesia entre los lienzos de las Postrimerías. In ictu oculi. Finis gloriae mundi, una sepultura de mármol blanco donde yacen los huesos del “peor hombre que en este mundo hubo”. Así se epitafio Mañara, que quiso dejar sus restos al pie de su magna obra. Hay quien ha querido leer en esta lápida la expresión de un acto de soberbia. Permitidme que yo, sólo veo en ella el acto de contrición, El “Discurso de la Verdad”, del hombre que despreciado de si mismo entendió que todo Amor de Dios es poco para el hombre. Y por qué, por Amor con amor se paga, hizo su obra Mañara, y aquí perdura a lo largo de ya no pocos siglos.

Santos hispalenses, alarifes de la fe, siervos de la Cruz ... que nos dan la suprema lección que emana del Santo madero

Nadie lo entendió mejor que aquella feble zapatera de cuerpo menudo y enfermizo. Aquella monja insignificante, madre de los Pobres, de la que nadie supo donde surgía aquel fuerza que la sostenía, si no supiéramos que todo Poder viene del que habita en San Lorenzo. ¡Ay! del que niegue la Cruz decía, pues recibirá una mayor.

Nadie dijo mejor el misterio de la Cruz, que aquella Ángela desposada con la Cruz para tomar de ella su nombre, con su nombre hacer una Compañía de rostros de ángeles en pardos sayales, y llegar a la suprema sublimación del Amor a Cristo, al hacer de Santa Madera, el lecho diario de su mortificación.

Y Cuanto amor suspirado y entregado, cuantas almas arriestradas con anclas salvadoras de naufragios por estos héroes de Cristo, sean jalones celebrados de la Historia o anónimos testigos de un quehacer cotidiano. No ha sido hueca su siembra, ni vana su semilla, ha sido fértil el campo y, nutriente el abono que da el fruto de esta simiente secular. Mucho de

vosotros y de vuestra vida, de vuestro pujante magisterio, está presente en este fenómeno de la religiosidad popular que son nuestras cofradías.

Aquí está el ejemplo, cinco siglos y medio nos contemplan, ayer junto los claustros de San Francisco el Grande en el corazón de Sevilla, hoy en esta capilla del Dulce Nombre de Jesús, del que tiene el Nombre sobre todo nombre.

Y qué bien se sabe en la Vera Cruz, por qué así lo enseñaron los que se fueron -¿Verdad Antonio Soto Cartaya? - que junto a esa cruz que pesa y doblega, la que rinde las espaldas, hay otra Cruz. Esta otra Cruz que se lleva en el pecho, la cruz donde anida la dignidad de los corazones puros.

No, no crean que les hablo de cruces enarboladas con la altivez del desafío, quizá origen de guerras de religiones o controversias en las que a las que la Historia debe dejar lugar a la historia y no a Memorias dirigidas y opiniones subjetivas. Hablo de la cruz que con la solidez de los siglos, ha signado vertical y horizontal, la dimensión espiritual y social de nuestra Europa, y que en nuestra España está en el corazón, allí donde habita el honor, pared con pared con el alma, deuda de Dios.

Son esas: la del pecho y la de la espalda, las dos cruces, no cautivas de un monte olvidado, sino muy activas, actuales y muy presentes en esta Cofradía y así las saben llevar a Sevilla cada Lunes Santo, en la cita anual que convoca el Señor.

---000---

Y Llegará Señor, como llega la esperanza a los que esperan en Tu Divina Misericordia, un nuevo Lunes Santo y aquí, entre los venerables muros de esta Capilla de tu Dulce Nombre, de tí Señor, que tienes el Nombre sobre todo Nombre, volverán a llegar tus Hijos

Traen, la ilusión del pasado que holla al presente,

Lo hacen, con el ansia del apresuramiento de los que a tí se acercan

Quieren sentir la purificación en su corazón como aquella mujer fiel que sólo quería tocar tu manto,

Llegan, arropados con la misma túnica, con aquella de la que fuiste despojado sin decoro y vienen, ceñidos del esparto, que parece apretar la cintura para liberar el espíritu del que cuelgan dos sogas anudadas que quieren rememorar los padecimientos de una Flagelación brutal y humillante.

Vienen tus hijos de cualquier rincón de Sevilla,

Llegan, por el camino más corto, con el rostro cubierto como estampas pudorosas que se avergüenzan de un Calvario perenne.

Cuando ya todos están prestos, se forma la cofradía. Leída la lista y a la orden, el capataz se acerca al martillo. Hay un primer golpe rotundo y seco que rasga el aire del templo de donde parte esta nueva calle de la Amargura, y en soledad sonora se contempla, como desde tu dormida mirada, resuena el bellissimo discurso de la humillación de una octava palabra: “El que quiera seguirme, niéguese a sí mismo”,

Al oírlo, cinco nazarenos elegidos, se abren paso entre las filas. El uno con el Lignum Crucis, Santa Reliquia de la Cruz Verdadera que ofrecerá en esta tarde al beso de Sevilla, mientras los otros cuatro dan luz a la cruz con sus faroles.

Todos te han oído Señor, se ponen en dos filas y secundan el paso firme del avance seguro del Santo Madero, allí donde se contempla el magisterio de una frase que fundamenta toda la teología de nuestra fe, al tiempo que un nuevo golpe de llamador cruje el silencio de esta capilla haciendo resonar de nuevo tu palabra: “Toma tu cruz y sígueme”.

Todos lo oyen en silencio compartido, y como si fuera la voz del General de un ejército temerario sin más armas que la luz y la cruz, los soldados penitentes en esta batalla de fe, mirada al frente, se santiguan, cargan la Cruz de sus miserias y pronuncian, como con música callada y al eco del tercer golpe de llamador, una sola palabra: Fiat!

Hágase tu voluntad Señor, dicen, uniendo su voz al dolor de María que viene acompañando las Tristezas de tu pasión.

Que bello ejemplo nos dáis, nazarenos de la Vera Cruz, al gritar la sola palabra que cambió la Historia del Universo.

Y estarás otra vez bajo el dintel de la puerta Señor, otra vez desafiando la física y la naturaleza,

Otra vez ante Sevilla, clavado sin desgarrarte y cuanto tiempo retando al tiempo para que la noche muera contigo.

Sigue ahí clavado Señor, con tu Muerte enjuta, seca, e hiriente; por qué aunque el mundo solo tenga para ti el sordo silencio del ateísmo, Mientras sigas ahí clavado, habitará en tu santo Pueblo, el Pueblo de Dios, la esperanza de guardar los valores que tu proclamas frente a las imprudencias de un humanismo egocéntrico y combativo, que te expulsa de sus aulas, que desafía el milagro de cada vida nueva e incipiente y que quiere exiliarte de la Europa que se creó a tu sombra.

Como es posible Señor, ¡tan pobre! ¡tan clavado!, ¡tan escueto!, ¡tan solo piel y hueso de Dios!, que haya esa luz tan inmensa en tus párpados cerrados, la que ilumina a los ciegos, la luz del definitivo amanecer.

Vienen a verte Señor, por la Concordia y el Duque, las gentes de esta nueva Jerusalén por liberar. Los oyes como se acercan a tu paso. Aquí están los nuevos Zaqueos de este tiempo, más allá hemorroísas de arrabales sevillanos, aquí otros Lázaros de guetos distantes, allí otros paralíticos de suburbios. Sólo contemplan como entre cuatro luces verdes heridas de Muerte, se impone tu Victoria. La victoria del Reino de Cristo.

Y cuando hayas circundado la ciudad ya de regreso por la Gavidia, cuando ya la noche ha hecho presa de la luz, un nuevo eco se escucha. La muerte ¿Dónde está la muerte? ¿Dónde esta Muerte tu Victoria?

Y es que por siempre triunfará la Cruz, al tercer día triunfará ...con el brillo fulgurante de la luz sobre la negritud de este mundo

Al tercer día, de la Cruz nacerá el amor que florece y anida aun en el corazón mas mezquino

Al tercer día, derramará la Cruz su Gracia para resucitar en un amor multiplicado, el amor, que necesita Sevilla en cada punto cardinal de su geografía

El amor con el que tiendes la mano no pedida para dar el abrazo más querido al más necesitado en cada tarde de Lunes Santo

El amor con el que consuelas la noche al desvalido poniendo n un sueño de esperanza cuando lo turba la desazón

El que desclavas las espinas de la corona del atormentado.

El que arranca el puñal de la espalda del traicionado.

El amor que seca las lagrimas del llanto del desconsolado.

El amor que abre sus labios al blasfemo para que su boca proclame tu alabanza

El amor que vendas las heridas del que se desangra de sus vicios

El que cierras los surcos de la frente altiva del soberbio,

Cristo de la Vera Cruz, que esa llaga que lacera tu costado, sea venero inagotable para mitigar la sed de los que todos los Lunes Santo reverencian tu presencia

Que los clavos de tus manos sean aguijones que aviven los corazones de los tibios, que no quieren reconocer su indiferencia

Moja tus labios resecos Señor, para que de ellos brote el perdón que el Santo Padre Benedicto, te ha pedido para los que te ofendemos tan gravemente, sobre todo para nosotros los bautizados en tu nombre Y hasta para los que con mitra o casulla se acercan a tu Altar, y que tanto daño han hecho a los más inocentes de tu rebaño.

Y todo lo haces Señor porque la medida de tu amor es amar sin medida. Todo esto lo hiciste Señor, por medio de tu sangre derramada, lo sigues haciendo cada día al enviarnos tu Santo Espíritu y lo harás hasta el final de los tiempos, cuando toda la humanidad sea cofradía formada en víspera

de tu segunda llegada y el último golpe del capataz será el sello definitivo de la Victoria de tu Vera-Cruz.

He dicho.